



CLIO

Revista Bimestre de la Academia Dominicana de la Historia.

Edición a cargo de la Comisión de Publicaciones.

Acogida a la Franquicia Postal i Telegráfica — Circulación gratuita.

Año VIII.

Julio - Agosto - Septiembre i Octubre

Núm. XLII y XLIII

CENTENARIOS

PAGINAS DEL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

II

El Cuarto Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo ocupa un sitio prominente, nueve años después del Centenario de Bolívar, en los anales o en las décadas del Siglo XIX. Su celebración, en algunos países de Europa i en todos o casi todos los de América, fué un homenaje mundial rendido a la vez al magno hecho histórico i al esclarecido náuta i cartógrafo italo-hispano. En Europa esa celebración culminó, con ediciones de valiosos libros i con erecciones de soberbios monumentos arquitectónicos i esculturales, en dos ciudades españolas, Madrid i Barcelona; i en una ciudad italiana, Génova, capital de la Liguria. En América hubo actos de cultura, en las capitales i en algunas ciudades porteñas de varios países, dignos de mención honorífica. Especialmente en los Estados Unidos de América. Hubo un país en el Archipiélago del Caribe, el predilecto de Cristóbal Colón en sus días de gloria i en sus días de duelo, en el cual los actos festivos asumieron un carácter i unas manifestaciones en que el espíritu nacional fué al mismo tiempo el espíritu interamericano en grado épico.

La República Dominicana —representada de pleno derecho por la ciudad antigua que fué la Cuna de América i es la Primada de las Indias— correspondió con cálido entusiasmo a la cita que se le hizo en diarios i revistas con al-

gunos meses de antelación. El día 10 de Septiembre, XV aniversario del hallazgo de los restos del Descubridor en donde permanecían desde su traslado de Sevilla a Santo Domingo, se constituyó en el edificio de la Sociedad Amigos del País i de la Biblioteca Pública, la Junta del Cuarto Centenario de América con las delegaciones que en seguida se enumeran: José María Pichardo i Betancourt, Delegado del Ayuntamiento de Santo Domingo; Andrés Gómez Pintado, Cónsul de España; Fed. Henríquez i Carvajal, Presidente i Delegado de la Asociación de la Prensa; José Joaquín Pérez, Presidente i Delegado de La Republicana; Eliseo Grullón, Delegado de la Sección Dominicana de la Unión Ibero Americana; José Pantaleón Castillo, Presidente, i César Nicolás Pensón, Secretario, Delegados de la Sociedad Amigos del País; i otros miembros, no menos entusiastas, que fueron luego incorporados. El primero ocupó la Presidencia i al último se le confirió la Secretaría. En el corto período de un mes se percibió el producto de la cuestación voluntaria del Ayuntamiento, de algunas asociaciones, de algunos funcionarios públicos i de un número estimable de comerciantes e industriales. En ese lapso se tomaron los acuerdos articulados de inmediato en el programa general i en los programas parciales del homenaje. A tres de sus miembros se

debió la iniciativa, acogida con fervor cívico, para la creación de una Junta Nacional a la cual se le encomendaría la erección de un gran monumento, un Mausoleo, donde se colocaría el sarcófago con las venerandas cenizas del Descubridor del Nuevo Mundo.

Esa iniciativa, acogida de buen grado por la Junta del Centenario, la llevó a conocimiento del Ejecutivo una comisión integrada por José Joaquín Pérez, Eliseo Grullón i el autor de estas líneas. El último expuso el plan de realización de ese homenaje permanente, como obra nacional, i el Vice-Presidente de la República, a quien acompañaban los Secretarios de Estado, manifestó la inmediata adhesión del Gobierno a un proyecto que sería visto con satisfacción por el país i con aplausos de los países que celebraban el Gran Día de América.

A la comisión se le confió la selección para constituir la que se llamaría Junta Nacional Colombina. La nómina fué redactada el siguiente día, i, sometida al Ejecutivo con asistencia del Presidente de la República, fué aprobada con solo la agregación de un nombre omitido, el suyo, por el redactor de la nómina. En el decreto expedido por el Ejecutivo i autorizado con la firma del Vice-Presidente de la República aparece creada la Junta Nacional Colombina tal como la nómina lo propuso. Se constituyó, pues, como en seguida se expone:

Presidente Honorario:

Fernando Arturo de Meriño, Arzobispo de Santo Domingo.

Presidente Ex-Oficio:

Manuel María Gautier, Vice-Presidente de la República:

Miembros Ex-Oficio:

Pedro A. Garrido, Presidente de la Suprema Corte de Justicia; Enrique Henríquez, Secretario de Relaciones Exteriores; Teófilo Cordero i Bidó, Secretario de Fomento i Obras Públicas.

Miembros Activos:

Emiliano Tejera, José Gabriel García, Manuel de Jesús Galvan, Francisco Gregorio Billini, José Joaquín Pérez, Eliseo Grullón, José Pantaleón Castillo, José M. Fichardo i Betancourt i Fed. Henríquez i Carvajal.

Otra comisión fué designada por el Gobierno para corresponder a la solicitud hecha por la Junta Matritense del Centenario, con el envío de algunas obras nacionales i con una información acerca del proceso de la cultura literaria dominicana. Figuraron en ella cinco cultores de la prosa i de la poesía en la lengua de Cervantes i de la Avellaneda. Fueron estos: Salomé Ureña de Henríquez, Francisco Gregorio Billini, José Joaquín Pérez, Fed. Henríquez i Carvajal i César Nicolás Pénson. El informe fué redactado por el último i autorizado con la firma de todos sus miembros.

Ese documento le sirvió a Menendez i Pelayo, el ilustre crítico i polígrafo hispano, con algunos datos que él utilizó en su magnífica obra sobre literatura castellana.

La celebración del Cuarto Centenario de América fué un acontecimiento, sin antecedentes, en los fastos nacionales. La Ciudad Colombina centralizó en su seno los actos festivos con que iba a rendir homenaje al famoso hecho histórico i al celeberrimo evocador del Nuevo Mundo. Vecinos de la pluralidad de las villas i ciudades acudieron, complacidos, para ver i oír como era conmemorado el magno día en la Prímada de las Indias.

Cuatro fueron los días consagrados a la celebración del Cuarto Centenario de América. Los actos se iniciaron el día nueve, con el alba i con una alborada jubilosa, i terminaron a las doce de la noche del doce de octubre. El primer día, además de la ruidosa alborada de orquestas i bandas de música, hubo algunos actos en escuelas i centros sociales; i, en la prima noche, un concierto al aire libre, ejecutado por la Banda Municipal capitalina.

El segundo día, el señalado diez de octubre, se distinguió por un acto que tuvo lugar en uno de los salones del edificio ocupado por la Junta del Centenario. El Ayuntamiento de Santo Domingo, al cual se le debía ese bello número del programa, asistió en pleno a dicho acto. Las escuelas primarias i secundarias concurrieron, con sus directores i profesores, a recibir las felicitaciones i algunos premios del Concejo Edi-

licio. El Sr. Juan Bautista Vicini, Presidente del Ayuntamiento i nativo de la Liguria, abrió el acto con algunas frases congratulatorias i ofreció un ramo de flores a María Nicolasa Billini, la más antigua maestra de niñas i Directora del Colegio "El Dominicano". El concejal Arturo Damirón, el más joven de los ediles, en nombre del Concejo, leyó una hermosa página en honor del Descubridor i del Descubrimiento, con palabras de estímulos dirigidas a los escolares i a los profesores i directores de los planteles reunidos en aquel acto cívico. Algunos escolares, de uno i otro sexo, leyeron breves páginas en prosa o recitaron breves poemas como ofrenda infantil al famoso día conmemorado. Se distribuyeron libros de enseñanza entre varios alumnos i alumnas; i, a solicitud de la Directora del colegio antes citado i con la representación del Instituto de Señoritas, dije algunas frases, en acción de gracia, con las cuales felicité al Honorable Ayuntamiento de la Capital por su plausible coparticipación en el homenaje con que se iniciaba la celebración del Cuarto Centenario.

En la tarde de ese día, seguida de no escasa concurrencia, iba la Junta Directiva del Homenaje a hacerle una visita de honores al Alcázar del Almirante.

El Alcázar erijido por Diego Colón, en función de su cargo de Virrey i Gobernador de la Española, emplazado en la fortaleza de su mismo nombre, se hallaba i se halla en ruinas parciales i se conservaba i se conserva en pie por sus muros de piedra i es una reliquia histórica de los primeros edificios construidos en Santo Domingo. La visita se inició con un himno marcial ejecutado por la Banda de Música del Ejército; mientras en lo alto del Alcázar, en astas paralelas, ondeaban al viento i bajo el Sol las dos banderas: la oriflama de la Monarquía Española i la cruzada de la República Dominicana.

Con un saludo se le rindió el homenaje merecido. Ese saludo lo hizo Eliseo Grullón, en nombre de la Junta i de la Ciudad Primada, con un discurso apologético de las figuras que se destacan en el primer plano de la obra magna del des-

cubrimiento i de la colonización iniciada en la madre isla del Archipiélago del Caribe.

La calle que va de Sur a Norte i culmina en la altura donde se alza la conservada ruina del Alcázar —la primera construida en la ciudad trasladada de la una a la otra orilla del Ozama— se engalanó de banderas dominicanas i españolas, que flameaban, al beso de la brisa sureña del Caribe, en las casas solariegas i en el monumental edificio de piedra, templo de los Jesuitas, utilizado como templo de Euterpe, Melpómene i Talía.

Era la antigua calle de las Damas, calle de las primicias sociales i de la fuerza conquistadora, llamada así en honor de la noble consorte del Virrey, Doña María de Toledo, i de las gentiles damas hispanas que constituían la corte de la Virreina.

Eran las cuatro —hecho el saludo de honor al histórico Alcázar del Almirante— i un gentío extraordinario ocupaba los dos lados de la ría del Ozama. La Regata, número popular del programa, iba a comenzar.

La Junta del Cuarto Centenario, seguida de las personas que formaban su acompañamiento, bajó a incorporarse a aquella multitud alborozada.

Los concurrentes a la Regata se dividían en dos grupos: el grupo de los botes i el grupo de las canoas. Los primeros evocaban la marina descubridora i conquistadora procedente de España. Las segundas evocaban la marina fluvial indígena de Quisqueya. Varios botes con su timonel i con sus remeros se disputaron los premios en dos sucesivas jornadas. Otras dos realizaron las canoas, con sus remos incipientes, en medio de la ruidosa ovación que el público les hizo a unos i a otros en su divertido regateo.

Saludo a las Banderas. Esa es la nota saliente en el tercero día del homenaje de la Primada de las Indias al Descubrimiento i al Descubridor del Nuevo Mundo. Tal número del programa atrajo una nutrida concurrencia, en la última hora de la mañana, que pobló las calles i las a-



ceras en los cuatro lados de la antigua Plaza de la Catedral convertida desde el 27 de Febrero de 1887 en Parque de Colón.

En el bello parque se había hecho una faena cuidadosa i de buen gusto para lucir, en sendas astas de elevados mástiles, las diecinueve banderas de las naciones de América i las dos de la Europa Latina, España e Italia, ligada ésta al ligur insigne i aquella al Descubridor i al Descubrimiento. Cuba i Panamá se hallaban aun en su gestación i no aparecían entre sus hermanas indo-españolas.

Dieciocho banderas enastadas, todas republicanas, formaban un cuadrilongo enlazadas en una red de ramos i flores que le daban luz i sombra al escenario. Las otras tres —la dominicana, la española i la italiana— ondeaban en sendas astas en torno del monumento colombino. Diríase que ellas montaban guardia en honor de la estatua del Descubridor, en el momento psicológico, cuando el índice de Colón señala la tierra insular que se adelantó a recibirle.

El amplio basamento en que se afirma el pedestal de la estatua servía de tribuna al aire libre al orador escogido para ese homenaje. Una arenga fué su discurso. El saludo a las banderas, a cada una de ellas por turnos, fué un himno a la libertad, la independencia i la soberanía de las naciones simbolizadas i glorificadas respectivamente por ellas. El saludo a la Bandera Nacional fué el último i su ritmo patriótico se mezcló con las notas marciales del Himno Nacional ejecutado en ese instante por la Banda Municipal de Santo Domingo.

El sol había llegado al cenit, en ese momento de emociones, i los bronces de la artillería en la Fuerza i de las campanas a vuelo en los campanarios de las iglesias cristianas saludaron con salvas i repique las vísperas del gran día del Centenario.

El autor de estas líneas fué el orador de orden en el solemne acto del Saludo a las Banderas.

La gran velada lírico-literaria —organizada por miembros de la Asociación de la Prensa, de Amigos del País, i de la Junta del Centena-

rio—tuvo lugar a prima noche, ese mismo día, en los salones del edificio histórico que servía de local a la segunda. Con justicia se le llamó la Gran Velada Colombina. Una banda marcial i una orquesta de cuerdas alternaron en los números musicales del programa. El programa lírico se llenó con un Himno a Colón, letra de José Joaquín Pérez i música de José María Arredondo, cantado por un grupo de señoritas mientras el auditorio lo oía de pié.

El programa literario fué, en su mayoría, una teoría de poemas de sendas lirras templadas al calor del entusiasmo de la hora. Odas, romances, sonetos, madrigales i espinelas formaron el polirritmo de la poesía nacional en aquella velada. Los poetas fueron de dos generaciones. Estos: Salomé Ureña, José Joaquín Pérez, Fed. Henríquez i Carvajal, Emilio Prud'homme, César Nicolás Fenson, Enrique Henríquez, Fabio Fiallo, Gastón F. Deligne i Arturo Pellerano Castro. Algunos vates leyeron respectivamente, sus composiciones poéticas; i algunos poemas fueron recitados, con su aplaudida gracia i su emoción lírica, por el grupo selecto de señoritas que por entonces eran las musas recitadoras en Santo Domingo. Recuerdo estas que cito en seguida: Cristina Morales Guerrero, Luisa Ozema Pellerano Castro, Herminia Dujaric, Filomena de Castro Gómez...

La velada colombina fué celebrada—cuando terminó el concierto militar ejecutado en el Parque de Colón—de las diez a las doce de esa noche. La concurrencia, tal vez por ello, fué exorbitante dentro i en las afueras del edificio histórico en que se rindió pleito-homenaje al Descubrimiento i al descubridor del Nuevo Mundo.

Los periódicos capitaleños insertaron, en sus ediciones de esos días, la letra del Himno a Colón i todos los poemas leídos o recitados, entre salva de aplausos, en la gran velada colombina.

Amaneció el 12 de Octubre. Era el día aniversario del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. Era el día de gloria para el Descubridor i la mui Ilustre Isabel de Castilla.

En las horas iniciales de la mañana, mientras una brigada del Ejército recorría las calles



de la ciudad antigua, desplegadas sus banderas i acompañada por la banda marcial de un regimiento, se le daba lectura en el Parque de Colón al Decreto del Ejecutivo con el cual se creaba la Junta Nacional Colombina; i esa Junta se constituía con los siguientes funcionarios en su directiva: Presidente Ex-Oficio, Manuel M. Gautier, Vice-Presidente de la República; Sustituto del Presidente, Emiliano Tejera; Secretario General, Fed. Henríquez i Carvajal; Tesorero, José M. Pichardo i Betancourt.

El paseo militar terminó en el Parque de Colón, a las diez antes meridiano, i la brigada se situó de espaldas a la Iglesia Metropolitana para hacer los honores de estilo a los miembros del Gobierno i para rendirle homenaje al Gran Almirante de la Mar Océana.

Era la hora del Te-deum: La hora de la acción de gracias al Ser Supremo por la evolución histórica, social i política, que le permitía al suelo dominicano hacer suyo el gran día del Descubrimiento i de la gloria del genio latino singularizado en el Descubridor del Nuevo Mundo.

Las naves del templo estaban colmadas con una distinguida concurrencia. En la Capilla del Sacramento, ilustrada con los medallones ovalados de los apóstoles del cristianismo, sobre una mesa cubierta con un rico i bello tapiz de Damasco bordado en oro se hallaba la urna de plomo con los restos de Colón. En varios candelabros de una o tres luces—colocados en el piso, en la mesa i en el altar—los cirios ardían en llamas de oro i rosa, mientras los pebeteros perfumaban el ambiente con sus emanaciones de mirra e incienso.

El órgano de la Catedral dejó oír una sentida marcha religiosa i el mitrado ocupó su sede bajo el solio episcopal, rodeado del clero. La Junta Nacional Colombina i la Junta del Cuarto Centenario, situadas ambas en las inmediaciones de la capilla, tributaron a los venerandos restos sendas ofrendas florales con el homenaje de su respectivo discurso. El de la Junta Colombina fué leído por su Presidente; i el Presidente de la Junta del Centenario le dió lectura al del centro organizador de la apoteo-

sis. Ambos discursos fueron una exaltación del impar suceso histórico i mundial i de la obra impar realizada por el más encumbrado de los héroes del progreso humano. La iglesia no guardó silencio. Meriño, el elocuente orador sagrado, se quitó la mitra i la cauda i depuso el báculo para subir al púlpito, no lejos de la capilla, en donde renovó las galas de su elocuencia en un sermón, civil i religioso, que fué un bello panegírico del inmortal Descubridor i un no menos bello ensayo sobre el proceso histórico del Descubrimiento Colombino.

De regreso al presbiterio el Arzobispo de la Primada de las Indias se puso la capa pluvial, se ciñó la mitra i requirió el báculo i entonó el Te-Deum Laudamus, en un coro de voces acompañadas por el órgano, por las campanas a vuelo i por una nueva salva de las baterías de la Fuerza.

Cuando terminó el acto solemne celebrado en la Catedral, hoy Basílica Menor, era medio día. La enorme concurrencia de ambas plazas i la distinguida concurrencia, numerosísima, reunida en las naves i las capillas del templo se movieron, con un mismo ritmo, como bandadas de palomas en el goce del aire libre.

Eran las cuatro de la tarde, ese mismo día, cuando, desde las calles adyacentes al Parque de Colón, comenzó a moverse el gentío en una procesión o manifestación histórica i simbólica. Varios coches i algunas victorias descubiertas iniciaron la marcha. En las victorias iban las adolescentes i señoritas que, respectivamente, representaban a las naciones cuyas eran las banderas que aún flotaban al aire libre en torno de la estatua del Gran Almirante. Detrás de los carruajes asomaba luciendo sus galas una carroza, amplia i florida, en la cual de pie i altivas cinco señoritas formaban los radios de una estrella ideal. Era una alegoría integrada por la Libertad, la Democracia, la Justicia, la Paz i la República que en un haz simbolizaba a la América del Descubridor, conciente de su independencia i de su soberanía.

Cerraba el desfile una extraña carroza. Era una nave. Era la Nao Santa María resurgida a la evocación histórica del Cuarto Centenario.



Era una reproducción, fidelísima, de la capitana de las carabelas descubridoras. Su construcción se había hecho en un astillero improvisado: el patio que antecede a las Ruinas de San Nicolás. Andrés Gómez Pintado, Cónsul de España, había iniciado ese valioso i expresivo número del programa i había cumplido a cabalidad su cometido. Recordémosle como dominicano por su afecto i por su hogar en donde tuvo esposa e hijos dominicanos.

La Santa María con sus banderas i banderolas de la época, inflada sus velas, parecía zarpar del Puerto de Falos. Varios adolescentes eran sus tripulantes. Su traje armonizaba con la nave. Tres pequeñas figuras se erguían en la proa i en la popa. William Péñson, una de ellas, era el oficial de servicio. Joaquín Fernando Heredia Sánchez, Cristóbal Colón, i Fernando Abel Henríquez García, Juan de la Cosa, iban en la popa. Estos dos niños de once años eran amigos i vecinos. Mas aun: habían nacido en la calle de Las Damas, en sendas casas fronterizas, en la mañana el uno i el otro en la tarde, el 27 de Junio de 1881.

En toda la ciudad lucían a la par banderas dominicanas i banderas españolas. La manifestación recorrió las principales calles de la ciudad antigua i luego, extramuros, pasó por la villa de San Carlos i por la Avenida Independencia, hasta volver de nuevo al punto de partida. Durante el largo i animado recorrido oíase en aceras, balcones i ventanas los saludos i los vítores, especialmente de las damas, i en el aire estallaban fuegos artificiales.

Cuando la Carroza de la estrella simbólica i la Nao Colombina entraron de regreso i se detuvieron frente al monumento del Descubridor del Nuevo Mundo daban las seis en el reloj de la Catedral i las campanas a vuelo i la salva de artillería las saludaban en medio del clamoreo satisfactorio de millares de personas del centro i de los harrios de la Ciudad Primada de las Indias.

Dos horas después, a las ocho de la noche, tornó el gentío a poblar el mismo escenario de modo exorbitante.

El último acto del programa era un concierto musical ejecutado por las dos bandas mar-

ciales. Comenzó a las nueve i, alternativamente, regalaban al auditorioj overturas i sinfonías de los grandes maestros i valeses i danzas de la música criolla o antillana. Variados fuegos artificiales, que solían irisar el ambiente, fueron el complemento del acto final del centenario.

Iban a dar las doce de la noche, hora postera del doce de Octubre, cuando aún se veía en el Parque de Colón no escaso número de damas i caballeros que respiraban el aire fresco i perfumado del florido monte de Galindo; i las banderas en sus altos mástiles seguían flameando iluminadas a penas por el alumbrado del parque i la luz pálida de la luna.....

No olvidaré hacer mención honorífica de la prensa periódica. Sus heraldos, en varias ciudades del país, dedicáronles a los actos festivos celebrados en la capital, en sus ediciones inmediatas o mediatas, crónicas e informaciones pormenorizadas. La revista "Letras i Ciencias" lo hizo así en dos ediciones quincenales.

El Cuarto Centenario de América, tal como se celebró en la Primada de las Indias, tuvo una resonancia de simpatía no solo en las naciones del Continente i en las islas mayores del Archipiélago, sino también en España, Italia i otras naciones europeas. Algunos periódicos continentales o insulares tuvieron frases elogiosas, con tal motivo, para la República Dominicana.

Hubo dos importantes periódicos en los cuales el encomio i la mención honorífica se les debió a dos grandes amigos del pueblo dominicano que eran a la vez, o lo serían, dos ciudadanos conspicuos de América. El uno, HOSTOS, residente en Santiago de Chile, escribió una página de honor i de afecto en el diario "La Ley", órgano del Partido Radical i dirigido por su grande amigo José Antonio Mata. El otro, MARTI, residente en New York, publicó otra página no menos emotiva que honorífica en "Patria", el semanario que le servía de órgano al Partido Revolucionario de Cuba.

Al evocar esas páginas de amor i de honor -transcurrida casi media centuria- una profunda emoción dominicana i antillana interrumpe el dictado de estas líneas conmemorativas i reina el silencio.

